

- ¿Suya es la casa?  
 —No; pero él la alquiló para esto; allí está Paulita.  
 —¡Desgraciado de tí si nos engañas!  
 —¡Lo juro por Dios!  
 —Vete. Y vos, Don Diego, ¿me acompañareis?  
 —Vamos.

Y los dos se dirigieron apresuradamente á la calle del monasterio de Santo Domingo.

## XIV.

## Un rapto.

PEDRO Juan de Borica habia procurado en vano calmar su pasion, luchar contra ese torrente de amor que sentia en su pecho por la hija de la señora Magdalena, olvidarla y buscar la paz y la felicidad en el hogar doméstico.

Los primeros dias despues de las escenas violentas que tuvieron lugar entre la señora Magdalena y su hija, Pedro Juan se sintió tan profundamente disgustado, que creyó que habia llegado el momento de su curacion.

Se guardó de ver á Julia, de hablarla y hasta de preguntar por ella; pero la noticia de la boda de Don Justo vino de nuevo á encender la pasion del ex-desollador.

Pedro Juan sintió el fuego de los celos, pero de los celos sin derecho, sin razon, de celos que podian llamarse mas bien despecho.

Imposible le parecia que Julia fuese de otro; él se habia ya acostumbrado á vivir en su compañía, á verla, á

oirle hablar á todas horas, á decirle ternezas, que si bien ella escuchaba con desagrado, pero las escuchaba, y esto era para Pedro Juan un consuelo y una esperanza; quizá el día menos pensado Julia se dulcificaría.

Pero verla en poder de otro, separada de él para siempre, esto era perder hasta la esperanza, y el ex-desollador no se conformaba con eso.

El momento de la boda se acercaba, y Pedro Juan, desesperado y ciego, determinó hacer un esfuerzo é impedir aquel matrimonio á toda costa.

Un rapto fué la primera idea que vino á su mente; un rapto que él comprendía que se iba á intentar contra la voluntad de Julia, y que no daría otro resultado que apartarla de su casa, porque le importaba esto; quería mas bien verla morir que presenciar aquel matrimonio.

Pedro Juan necesitaba de un cómplice para llevar á efecto su resolución, y él conocía en México á muy pocas personas: púsose á meditar, y de las frecuentes visitas de Paulita le vino la idea de valerse del Jején.

No sabía Pedro Juan qué clase de hombre sería el Jején, pero se decidió á hablarle, y le envió á llamar la víspera de la boda de Julia.

—Supongo—le dijo el ex-desollador—que vos en estos momentos no teneis ocupacion lucrativa; ¿es verdad?

—En efecto—contestó el Jején;—las cosas andan muy mal en México, es mucha la pobreza; ojalá que su señoría me proporcionara algun *quehacer*.

—No me sería muy difícil; pero desearía saber de qué sois capaz.

El Jején, como todos los pillos, era malicioso, y comprendió que lo que deseaba Pedro Juan era oírle discurrir, para ver si debía ó no tener confianza, y así, contestó:

—Mire su señoría, yo soy capaz de hacer cuanto se me ordene y encargarme de cuanta empresa se me encargue, con tal que sea bien pagada y no tenga que ver con cosa de leer ni escribir, porque eso no lo entiendo.

—Arrojado debeis ser para decir semejante cosa.

—No hay hombre mas arrojado que el que se decide á ser arrojado, y ya verá su señoría, si me ocupa, cómo soy capaz de todo.

—¿De todo?

—De todo.

—Mucho decir es ese.

—Lo que se puede cumplir.

—¿Y si se tratase de atacar soldados del rey?

—No sería la primera vez, contestó con arrogancia el Jején.

Pedro Juan le miró con curiosidad, pero tambien con aire de duda.

—¿No lo cree su señoría?—preguntó amostazándose el Jején.

—Sí: ¿y serias capaz de ayudarme á sacar de su casa á una dama?

—¿De ayudar á su señoría no mas, ó de encargarme yo de sacarla?

—De una ó de otra cosa.

—Con diferencia no mas en el precio del servicio, estoy á las órdenes de su señoría.

—¿Y si es necesario usar de alguna astucia, de algun ardid?

—Yo le encontraria.

—Veo que confiais demasiado.

—En difíciles trances heme encontrado para temer ahora.

—Perfectamente; ¿es decir que cuento con vos?

—De todos modos.

—Bien, escuchad: la dama de que se trata es Julia, la jóven que estuvo en vuestra casa.

—Sí, señor—contestó Jején sin mostrar admiracion.

—Pero no contamos con su voluntad; de manera que es preciso sacarla de aquí con engaño ó por fuerza, y sin que lo advierta la señora Magdalena: ¿cómo pensais que debe hacerse?

El Jején permaneció un rato pensativo.

—El aposento que ocupa esa dama, ¿tiene balcon ó ventana para la calle?—preguntó al fin.

—Tiene un balcon.

—¿Y ella duerme sola?

—Sola.

—Bien: ¿podrá conseguir su señoría que se mezclen unos polvos que daré, al alimento que tome cerca de la hora de acostarse?

—Fácilmente; yo mismo los mezclaré en el vino que ella toma.

—¿Y podemos llegar á su aposento en la noche sin ser sentidos?

—Tambien, porque tiene una puerta que da al corredor, y aunque ella la cierra con llave, yo con la esperanza de entrar por allí alguna vez, me he proporcionado una llave igual.

—Entonces os respondo del éxito: óigame su señoría: esta noche vendré, trayendo unos polvos que daré á su señoría; con esos polvos ella se dormirá como si estuviese muerta; entonces su señoría irá por mí, que me habré quedado oculto en alguna parte, descolgamos á esa señora por el balcon, y su señoría me dirá adónde se la llevo.

—Tengo ya una casa preparada en la esquina de la calle de Santo Domingo.

—Bueno, todo está en corriente; voy por los polvos: ¿y cuánto me ofrece su señoría por este trabajo?

—Mil duros.

—Convenido; voyme.

—¿Esta noche venís?

—A las diez en punto.

El Jején se caló su sombrero, y se fué en busca de una semibruja de esas que abundaban en aquellos tiempos, á comprarle *polvos de no sentir*, que eran narcóticos mas ó menos eficaces, que aquellas mujeres vendian sin escrúpulo de ninguna clase, aunque sí á muy buen precio.

Aquella noche, á las diez, el Jején llamó al zaguan y preguntó por el señor Don Pedro Juan.

Como el ex-desollador esperaba con impaciencia, no se habia retirado del almacen, que estaba en los bajos de la casa, y salió luego al encuentro del Jején.

—¿Sois vos?—dijo en voz baja.

—Sí, señor.

—¿Adónde están los polvos?

—Tómelos su señoría—y Pedro Juan recibió un paquete que guardó cuidadosamente.

—Ahora venid conmigo—dijo.

El Jején le siguió; atravesaron el patio principal, y en el segundo llegaron á una escalera secreta, por donde subieron hasta un aposento, en el que habia una cama y algunas sillas.

Sobre una mesa ardia una bujía de sebo.

—Aquí teneis vuestro escondite—dijo Pedro Juan;—permaneced aquí encerrado por dentro; nadie os verá, y yo vendré por vos cuando sea tiempo: ¿quereis cenar algo?

—Doy las gracias á su señoría; no tengo apetito.

—Si quereis recostaros un poco, ahí teneis cama; pero no os vayais á dormir cuando yo llame.....

—No hay cuidado—contestó sonriéndose el Jején.

—Pues hasta mas ver.

Pedro Juan salió cerrando la puerta, y el Jején por dentro torció la llave.

Aquella noche, Pedro Juan cenó con la familia ocupando el centro de la mesa, y teniendo á su derecha á la señora Magdalena y á su izquierda á Julia.

Durante toda la cena, Pedro Juan mostró la mayor tranquilidad; Julia estaba preocupada y la señora Magdalena muy alegre.

—Esta será la última noche que pasará Julia á nuestro lado—dijo Pedro Juan á su mujer:—lo siento, pero estoy tranquilo por su suerte, porque creo que va á ser recibida en los brazos de un hombre que la ama, aunque Julia se haya mostrado indiferente á su cariño.

Estas palabras encerraban un doble sentido que solo el Jején, si hubiera estado presente, hubiera comprendido.

—En efecto—contestó la señora Magdalena—mañana será la boda, si Dios quiere.

—Yo—continuó Pedro Juan—para tomar la última sopa con Julia, he encontrado en la bodega un magnífico vino español, que sin duda por su origen no será del agrado de mi Magdalena.

—Te engañas—contestó la señora Magdalena sonriéndose;—dos cosas me agradan de España.....

—Los vinos—agregó Pedro Juan—y.....

—Mi marido—dijo con zalamería la señora Magdalena.

—Pues el marido va por los vinos—exclamó alegremente el ex-desollador levantándose de su asiento y saliendo del comedor.

En aquellos momentos la señora Magdalena era muy feliz.

Se acercó un poco á Julia, y dándole un beso en la frente, le dijo conmovida:

—¿Lo ves, hija mia? me haces muy dichosa.

Julia besó tambien á su madre, y luego limpió furtivamente una lágrima que corria por sus mejillas.

¡Cuán cara le costaba aquella alegría!

Pedro Juan volvió con una botella destapada en la mano izquierda y una copa llena en la derecha.

—¡Soberbio está el vinillo!—exclamó;—os he faltado adelantándome á probarlo, pero no he tomado ni una copa: ¡la cortesía! ¡ha sido no mas la cortesía! Tomad, Julia, aquí está vuestra copa llena; dame la tuya para tomar yo en ella, Magdalena..... ahora toma la mia y te serviré..... perfectamente..... ahora los tres á beber por la dicha que espero para Julia.

Y los tres apuraron sus copas.

—En efecto, es magnífico—dijo la señora Magdalena;—¿qué te parece, hija mia?

—Muy bueno—contestó Julia reprimiendo un ligero movimiento de disgusto.

La cena continuó alegre, y la sobremesa se prolongó hasta que Julia levantándose de su asiento, dijo:

—Madre mia, me retiro.

—¿Estás enferma?

—No; pero siento mucho sueño. Buenas noches.

—Dios te bendiga.

Julia se retiró á su aposento.

—¿Qué, estará enferma?—dijo con interés Pedro Juan.

—No—contestó sonriéndose la señora Magdalena;—creo

que el vino estaba demasiado fuerte para su cabeza; y yo tambien necesito retirarme.

—Yo voy nada mas á arreglar unas cuentas, porque siempre será preciso dar á Julia algun dote; es honor nuestro.

—¡Qué bueno eres, Pedro Juan!—contestó la señora Magdalena;—vé y no te desveles mucho.

La señora Magdalena se retiró tambien, y Pedro Juan se bajó al almacén para hacer tiempo.

.....

.....

Julia entró á su aposento, sintiendo un desfallecimiento, un sueño, una cosa tan extraña y tan irresistible, pero al mismo tiempo tan agradable, que no cuidó ni de cerrar la puerta, ni pensó en desnudarse; se arrojó en su lecho vestida, comenzaron á cerrarse sus ojos, y por fin, se quedó dormida profundamente.

Algun tiempo despues la puerta se abrió cautelosamente, y dos hombres penetraron en el aposento, cerrando por dentro con la llave.

—¿No despertará?—dijo muy bajo Pedro Juan.

—Solo dándole á oler vinagre—contestó el Jején.

—¿Y ahora?

—Ahora, abrimos el balcon, por esta cuerda me bajo, y con la misma atais á esa dama y la descolgais como un fardo.

—Puede lastimarse.

—No; atadla con una sábana, y de la sábana asegurais la cuerda; el balcon está bajo y yo la recibo.

—Bien.

—¿Os espero abajo?

—No; llevadla adonde sabeis; yo iré allá mañana: es preciso disipar toda sospecha.

El Jején bajó por la cuerda, y poco despues el fornido Pedro Juan descolgaba, como si hubiera sido un fardo, á Julia insensible.

Jején la recibió entre sus brazos y echó á caminar con ella.

Pedro Juan quitó la cuerda y salió, cerrando por fuera la habitacion de Julia.